

# LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRCCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fernando, 57, entlo. 2.<sup>a</sup>

De los artículos firmados son responsables sus autores  
No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN

España. . . . . 3 pesetas trimestre  
Extranjero. . . . . 3 francos  
Número suelto. . . . . 25 céntimos

PAGO ANTICIPADO

Año IV

Barcelona 26 de febrero de 1910

Núm. 125

## SUMARIO

La vida universitaria en Cataluña, por CARLOS CREHUET.

De Valencia.

Progreso retrogrado, por D. MARTÍNEZ FERRANDO.

Para los regionalistas, por FRANCISCO PALENCIA.

La acción imperialista del bien, por ELADIO HOMS.

La literatura fácil, por JUAN MAS Y PÍ.

La Semana.

INFORMACIÓN.— *El subsecretario de Hacienda.*  
LOS LIBROS.

*Un libro sobre Barcelona*, por M. S. OLIVER.  
*El caballero encantado*, por F. YSCAR-PEYRA.

MÚSICA.— *Palau de la Música Catalana*, por L. GACETILLA.— *A los coleccionistas de LA CATALUÑA.*

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Notas bibliográficas, por J. B. E.

*Sursum Corda!*, por la CONDESA DE SAINT MARTIAL.

*Diario y Fragmentos*, de EUGENIA DE GUÉRIN.

LIBROS NUEVOS.— *Frutos del dolor (Nochebuena imperial)*, por FRANÇOIS COPPÉE.

Opiniones ajenas.

*Primero, política*, por RAMIRO DE MARZTU.

- I. Para tener escuelas.
- II. Para crear riqueza.
- III. Para tener arte.
- IV. Para amar la ciencia.
- V. Para fijar ideas y
- VI. Y para ser hombres.

Sección de Bibliografía de LA CATALUÑA.

OBRA NUEVA

## NUESTRO ESTADO SOCIAL

COMENTARIO Á LA REVOLUCIÓN DE JULIO

Traducción castellana de las celebradas conferencias del

P. IGNACIO CASANOVAS, S. J.

Una peseta

PIDASE A NUESTRA ADMINISTRACIÓN

## La vida universitaria en Cataluña

En España es enfermedad general el creer de poca importancia el amor y el interés que los ciudadanos deben sentir por la Universidad; lo mismo pasa en particular en Cataluña, donde tan poca gente hay que quiera pensar en la vida universitaria; en cómo es la presente y cómo debería ser la futura. Debido á esto precisamente, no se puede acabar con el dicho problema de la *nacionalización de la Universidad española*, y en esta obra altamente hispánica, cuando el día llegase, tendría que contribuir la Universidad catalana, la Universidad de Barcelona; pero para ello sería preciso previa organización diferente de la actual.

Son muy sencillas las razones: nadie piensa en hacer de las universidades una entidad jurídica con sus derechos y sus obligaciones; el primer aspecto nos lleva hacia su necesaria autonomía y desembarazo en el obrar, y el segundo, el de sus obligaciones, nos conduce á la consideración de una vida expansiva, irradiando la Universidad su influencia en la vida cultural. A mi modo de ver, ese es el resumen de todo lo que, como plataforma política, ó como digresión académica, se pueda, se deba decir del problema universitario. Y no obstante, eso no se dice; tiénese interés en callarlo, porque es mal de la época una creciente burocracia que hace de cada Universidad una nueva delegación de Hacienda y un nuevo despacho oficial.

Consecuencia de todo ello es lo débil de la vida académica; la creencia, en parte fundada, de que allí no se estudia, que allí sólo se debe pagar; influencia política en la concesión de las cátedras; gente con ciencia reflejada, patrimonio de los que trabajan fuera de la patria nuestra. De aquí el pesimismo que acerca de la Universidad y su vida tienen las multitudes españolas; hay verdadera separación entre los pocos elementos vivos de las universidades y el resto de la opinión, y es inútil que se hable de reforma porque se cree que no hay alguna posible; á lo más se buscará fuera de la Universidad pero jamás en su seno; y como todo se atribuye en España á la vida oficial y ella

nada hace en pro de las universidades, más que dificultar su vida autónoma, ya casi nadie piensa en ellas.

No creo que hacer eso sea patriótico, ni mucho menos, práctico ni moderno— hoy que tanto de europeización se habla,— porque es lo cierto que los pueblos realmente modernos, los que tienen fe en su futuro, los que se acuerdan del mañana de su patria, obran de muy diferente manera de como lo hacemos en España; no se olvidan de su juventud y siguen la lógica ley de que las cosas han de comenzarse por el principio; porque es al fin y al cabo la juventud la que ha de entregar los venideros ciudadanos de acción y de orientación. Todo ello es cierto que se debe á otro mal grandísimo, y es la desorganización de las universidades.

Se vive en España en eterna separación moral de los poderes y de la autoridad; entre los gobernantes y los súbditos hay la enemistad que inclina á la poca fe de los segundos en los actos y las virtudes de los primeros, explicación final del vergonzoso *voto obligatorio* en que las leyes sancionan aquello que en los pueblos políticamente cultos es natural expansión de la voluntad soberana y pura. Esto tiene su repercusión en otras esferas de la vida española. En las universidades pasa algo parecido: entre los profesores y los alumnos hay verdadera separación; no se coopera á la vida académica; no se llega á formar de la Universidad, con los unos y con los otros, una verdadera comunidad jurídica; todo lo poquísimo que de tal tiene es porque mezquinamente y sólo de fórmula se lo da la aparatosa vida oficial del Estado. Tiene ello, á mi modo de ver, más trascendencia de la que se le da, porque en las universidades parece grabarse una vez más esa idea funesta, que á todo trance tendría que desarraigarse de la sociedad española, que nos enseña á esperar todo del dios tutelar Estado, mejor, gobierno, y ese gran sofisma, que á grandes voces predica entre nosotros, desde la oficina oficial que nos da el pan, hasta el mejoramiento de la fortuna que puede darnos con su bolsa de la lotería nacional,

ese mismo Estado, poco á poco, nos ocasiona la castración de toda iniciativa privada y colectiva. Si esta es la preparación que se da á las clases directoras ¿cómo tiene que ser luego la dirección!

En estos momentos me interesa hablar de lo que el asunto tiene de importante relacionándolo con Cataluña. En Cataluña nos ha faltado—hasta ahora completamente—una verdadera orientación; la fiebre de querer afirmar nuestra esencia nos alejaba y nos distraía del verdadero ideal. A la política de concentración ha sucedido la idea expansiva de la política de *intervención*; creo que es tan grande este ideal, tan patriota y tan humano que no podemos saborear, ni por esperanza, la obra, hasta que lentamente concebida y apoyada haya sido poco á poco planteada y resuelta. Cosa grande en un país como España, donde son tantos los sentimientos, tantas las energías diferentes, donde hay rincones—y Cataluña es buen ejemplo de ellos—donde el redentor trabajo, hijo de un carácter austero y franco ha de imponerse, aquí y en otras partes, cuando se logre armonizar el ideal con el procedimiento, cuestión odiosa que nos trae en la actualidad divididos.

Pero creo que la gran mancha del renacimiento modernísimo catalán, ha sido la incultura; es que en Cataluña no estamos aún lo suficiente serenos; es que tenemos aún la fiebre por la divagadora tarea política y no tenemos valentía y constancia para sostener el constante trabajo intelectual, y es que también,—y lo digo muy sinceramente,—al tratar de ilustrarnos hemos sido poco completos, hemos empujado el conocimiento; bien pudiera ser que á resultado de esto nos hubiésemos vuelto soñadores y pesimistas á la vez, pero no prácticos; que para soñar y vivir relativamente feliz no hay como aspirar únicamente la reducida vida del propio hogar. Nos hemos olvidado—y en gran parte restamos en el olvido, aun hoy,—de que los pueblos se imponen por la adaptación á todo lo vital y moderno, y que para adaptarse y contemporizar es preciso no soñar, sino conocer y estudiar, sentir y aplicar. Pero en medio de esos errores, ciegos será quien no quiera ver rasgos distintivos en Cataluña y en otras regiones del Norte, ciertas diferencias de carácter con los de allende el Ebro; todo lo que tenemos aquí de sereno y austero, lo tienen los de allí de festivo y pintoresco; si tal es el ambiente, la vida ha de ser muy otra. Mas los grandes deseos de la sociedad española tienen también aquí aplicación; pero hay que imponerse de una vez, hay que ser fuerte y hay que corregirse, que á su favor tenemos antecedentes históricos y de raza. Nuevos vientos de esperanza empujan la nave de Cataluña á los ideales de regeneración; luego esforcémonos todos á preparar la obra y á hacernos fuertes para comunicar la vida.

He aquí la gran obra del sentimiento regionalista, único que en la por su uniformidad, decadente España, puede despertar y hacer aprovechables olvidadas energías.

Ante el regionalismo aparece una gran fuerza que no se puede olvidar: la Universidad. Confieso que es cuestión de táctica y de patriotismo la obra de su aprovechamiento, ya que no creo que fuera nada productivo para Cataluña el crear por medios extraoficiales, ya que no por otros, una Universidad suplementaria y vigorosa sin inspirarse en un ideal plenamente hispa-

nista, y no en el exclusivamente *catalanista*, lo que equivale á decir que el regionalismo para este caso ha de aprovecharse no como fin sino como medio. Otra cosa mal entendida en Cataluña, á mi modo de ver: se ha olvidado á la Universidad, no sé si porque se ha visto siempre sometida á la uniformidad oficial.

Se ha proclamado con gritos optimistas la necesidad de hacer generación nueva; añádase también la necesidad de orientación general; graves cuestiones se opondrán, y de hecho se oponen, á su resolución; la más grave de todas es la cuestión económica, la cuestión obrera; explicación de muchos trastornos sociales que en España, donde no hay precedentes ni especial preparación, más que hijos del ideal sinceramente profesado, hijos son de la miseria. Recuerdo haber dicho desde estas mismas páginas que en Cataluña había dos fuerzas completamente olvidadas, gran falta de la política catalana: el movimiento obrero y el movimiento intelectual. Dos educaciones distintas, pero las dos muy necesarias; para no olvidarlas bueno sería en pensar en la popularización de la Universidad catalana; que la nuestra, como la de Jena, fuese el manantial inagotable de la educación del ciudadano; que en las Universidades españolas se enseñe todo menos á serlo. Los estudios económicos necesitan por una parte, como los sociales, de gente joven con afición para ellos, y con gente práctica que sepa aplicarlos á la realidad; y en medio de los muchos que piden reforma, pocos hay capaces de orientarla; y no obstante, la reforma se impone, y ha de venir y ha de abrazar no sólo á las gentes jóvenes que acuden á los centros oficiales en busca de un título, aunque para ellos ha de ser muy radical, sino que ha de abarcar al obrero, para quien debiera crearse una enseñanza complementaria de las grandes cuestiones sociales, si no supieran leer y escribir, como es frecuente, por medio de la palabra, no de mitin, ni de academia, sino didáctica y familiar. Yo creo que hasta días mejores, es más fácil conquistar la enseñanza superior que no la primaria; esta requiere gran revolución económica; no tanto la enseñanza superior aunque mucho gasto importara. El amor á la Universidad sería ya una gran base para progresar; la Universidad no se ama, por eso nadie se desvela; ni podría desvelarse nadie hasta que esté en la dirección una juventud que en sus tiempos la amó y supo conocerla. No obstante, no veo la total dificultad de que todos con nuestro esfuerzo *perfeccionemos* la Universidad oficial. Aparecerían entonces á nuestra vista simpáticos y múltiples problemas universitarios, siendo el fundamental el buscar una sólida vida corporativa; vendrían luego los trabajos de investigación; en otro lugar muy preferente brillarían las *fiestas universitarias* como medio económico y social; vendrían luego los *intercambios universitarios*, buen medio para establecer en España la solidaridad nacional y para desaparecer asperezas y odios; vendrían los gloriosos aniversarios de nuestra Universidad, fiestas del trabajo libre, del amor á la verdad; el de nuestra Universidad podría alternar con los que se celebrasen en otras ciudades de España, en muchas del extranjero y otras ¡ay! que tenemos muy olvidadas, como son las universidades americanas; con esto, andando el tiempo, se llegaría á la suspirada creación de la Universidad *hispano-americana*. A las genero-

sas empresas del gran Altamira, de quien es sabida, por todos, su expedición á América, ¿quién ha correspondido? Y no obstante, ante mis ojos tengo copia de los discursos que entre Altamira y los americanos se cruzaron y no pueden ser ya más afectuosos; es el canto entre hermanos á quienes place recordar los lazos de sanguinidad.

Todo ello cuando serenamente se saborea es de una riqueza extraordinaria. ¿Qué esperamos pues? ¿Qué espera esa Cataluña que trata de abrirse paso entre sus hermanos para invitarles al despertar redentor? Se lucha, es cierto, con el aspecto económico, pero á eso opondría yo la acción directa y constante del municipio á favor de la Universidad. Contarse podría además con esas fiestas organizadas por aquélla; esto que ya preocupó al ingenioso Angel Gabinet en sus *Cartas Filandesas*, solventaría la parte moral y la parte económica.

Por la Universidad podría empezar la obra de pacificación y perfeccionamiento de los espíritus; entonces Cataluña, según la nueva fórmula, se asomaría á las ventanas de España, contribuyendo en gran manera á que ella no se asomase eternamente á las únicas ventanas de Francia. ¿Y por qué dudar que al ejemplo de la de Cataluña, brillarían las demás Universidades de España?

En toda ella es lo cierto que se siente la misma necesidad y se tropieza con las mismas dificultades, pero no lo es menos que en ninguna otra parte como en Cataluña se siente sed de vida nueva. Aquí tenemos, además, sombras y restos de un fatal pesimismo, que tristes hechos dejaron en la memoria nuestra; pero es hora de oponer á la marejada política y sectaria una consolidación social, y el fuego nuevo donde forjar la preciosa joya ha de empezarse al impulso de una intensa vida intelectual, de grandes vuelos, de ciencia universal.

Resurja nuestro empeño para las Universidades, que es más fácil reorganizar á ellas que no empezar con la reorganización de la escuela, en lo que puedan influir á la educación de la juventud; procúrese que surja de las universidades siendo la más selecta. Muchos animados de sagrado patriotismo tienen fe en que Cataluña ejerza sobre España una obra de paz y de reorganización; ¿por qué no pensar en la Universidad, considerándola como foco de energías para aplicarlas en día conveniente á esa gloriosa cruzada? Ha llegado la hora de sanear nuestras universidades, no germanizándolas exclusivamente sino españolizándolas, haciéndolas nacionales; eso es lo principal; que sea esta obra al estímulo del ejemplo de las de Francia, Inglaterra ó Alemania, poco importa; lo principal es lo último: el fin, la esencia...

\* \*

Esas y muchas más consideraciones se me han sugerido á propósito de la fundación en Barcelona de una «Asociación general de estudiantes de la Universidad». De su existencia quizá no estén enterados los lectores de LA CATALUÑA: no es extraño. Ha sido una idea que ha nacido de incógnito; sobre ella no me atrevo á formular juicios ni esperanzas, por la razón sencilla de que toda su vida y su éxito depende de la orientación que se le de. En Cataluña es preciso hablar y discutir mucho para que definitivamente se grabe la idea de trabajar en pro de la Universidad. Se tienen sus asuntos demasiado

abandonados; alguien dirá que no hay necesidad de hablar de ello porque todo es poco menos que inútil; sin embargo, á los pocos que nos ocupamos de ello, puede quedarnos la tranquilidad suprema de que aun sabiendo que estas ni otras palabras—éstas muy pobres, por ser mías—han de traducirse en algo real, contribuimos á medida de nuestras fuerzas á mantener vivas las cenizas de tan olvidado fuego.

CARLOS CREHUET.

## De Valencia

### PROGRESO RETROGRADO

Entre los países que pierden su personalidad con el uniformismo figura el nuestro á la cabeza. España va desapareciendo poco á poco bajo la influencia del espíritu francés. Llevamos una era de afrancesamiento que comienza en el reinado de Felipe V y se acentúa en la llamada guerra de la Independencia. Hoy día no vemos por todas partes más que traducciones de la vecina República; y á este paso, va á quedar únicamente como típico español la *fiesta nacional* por la que no hay que temer.

En Madrid, los titulados amantes del progreso, no apartan la vista de París, como si este fuera propiedad exclusiva de esta gran urbe. No se comprende un progreso á base de lo nuestro. Los pueblos que conservan su carácter, han de sucumbir luego bajo el centralismo dominador, también de importación francesa.

El régimen uniformista es la herencia más calamitosa que nos ha legado Francia, y de tal manera se ha tomado en serio, que ir contra él es ir contra la patria.

Por el camino emprendido, marchamos á una completa bancarrota. El día que se consiguiera que las nacionalidades ibéricas desaparecieran bajo el uniformismo, se habría conseguido la desaparición del espíritu español, aun cuando en la plaza de la Cebada siguieran diciéndose salados chistes y graciosas chulerías.

Hay que poner un dique á este avance del uniformismo, porque señores, ¿qué sería del mundo el día en que se impusiese una civilización sobre las demás? Las civilizaciones han estado y deben estar siempre en constante batalla; una civilización que acepta á ojos cerrados los principios de otra, es civilización muerta, que no tarda en desaparecer, y el país en donde residió no progresará nunca con elementos extraños.

El resumen de los adelantos de las civilizaciones es el progreso; éste sí que se puede y debe aceptar, pero hay que hacerlo nuestro á seguida, darle nuestro carácter.

Por eso hay que distinguir siempre entre lo que es un adelanto y una característica de una civilización; si se confunden nace el uniformismo.

La belleza está en la variedad. Para que haya música, es preciso que las notas sean desiguales y tengan distintos valores. ¿Acaso no nos da la misma naturaleza la variedad?

¿Hubiera escrito Dante «La Divina Comedia» viviendo en París y asistiendo á

las carreras de caballos en automóvil? Claro está que por vivir en esta época y en pleno París, Dante no hubiera dejado de ser Dante, pero sus obras hubieran sido otras, indudablemente inferiores. Dante nació para aquella época y para aquella civilización.

Los dramas de Ibsen que se desenvuelven en una sociedad distinta á la nuestra ¿tendrían aquí los mismos argumentos y las mismas soluciones?

Mistral no hubiera escrito «Mireya» de haber vivido en Nueva York, ni el «Canigó» hubiera nacido nunca de la contemplación de «La Castellana» en un día de fiesta.

La Victoria de Lamotrancia no la produce hoy ninguna civilización á pesar de que en la actualidad en todos los países se hace el arte por el arte.

Cada civilización produce frutos distintos; si las redujéramos todas á una, equivaldría á haber convertido el mundo en una inmensa llanura donde todo el paisaje sería igual, no habría belleza, ni arte; la vida sería monótona, á nada aspiraríamos, se apagarían los entusiasmos y el instinto de imitación se apoderaría del hombre.

Por eso, estos sacerdotes del uniformismo, que tanto abundan en nuestro país, me recuerdan las palabras de Unamuno defendiendo las teorías darwinistas: «No es lo malo venir del mono; lo peor es ir á él.»

D. MARTÍNEZ FERRANDO

### PARA LOS REGIONALISTAS

Quisiéramos ofrecer á los lectores de LA CATALUÑA alguna nota de actualidad valenciana, grata á los espíritus catalanes, mas no anda sobrado de temas el cronista, porque como decíamos en nuestras anteriores, la fiebre de la futura Exposición lo avasalla todo: Valencia no vive más que para su obra favorita; lo demás reviste una importancia muy secundaria.

Los regionalistas valencianos si no queremos permanecer inactivos durante este período, debemos pensar en realizar algún acto de resonancia, y para que al mismo tiempo, no faltando nuestra nota en el concierto de las regiones hispanas se desvanezca de una vez para siempre el equívoco que nos presenta entre la opinión timorata de nuestra tierra, como separatistas, ó al menos, poco afectos al resto de la Península.

Se habla ya de los Congresos, que serán pocos en número, mas procurando revisitan gran importancia; el del Progreso de

las Ciencias, notabilísimo por todos conceptos; el de la Prensa, el de Agricultura y el de la Poesía; nosotros quisiéramos uno más: una Asamblea de valencianistas, que ya en la otra Exposición quedó en proyecto, ó bien un Congreso de Regionalistas de toda España. Los elementos que en Cataluña acarician la fundación del partido regionalista español, no dejarían de acudir solícitos; la izquierda catalana tampoco nos desairaría; Galicia, entusiasta por los ideales autonomistas, no había de dejar de enviarnos nutrida delegación; ni Canarias, que tanto siente el anhelo regionalista para sacudir el yugo caciquista que empobrece aquellas hermosas islas; llamaríamos á Vizcaya, á Extremadura, á todas las regiones donde existen espíritus generosos, y de tan feliz concierto algo de beneficioso y útil saldría para la propaganda de nuestros ideales.

De todos modos, Asamblea de Valencianistas, Congreso Regionalista, ó en último caso, una serie de conferencias, debemos intentar en una esfera más ó menos modesta, según el número é importancia de las adhesiones.

Creemos que la idea había de hallar eco muy simpático en Cataluña, como lo demuestra el entusiasmo con que acogió nuestra 1.<sup>a</sup> Asamblea y las buenas disposiciones que mostraron, la Joventut Nacionalista, la sección de Propaganda y Estudios del Centre Nacionalista, L' Unió Catalanista y otras entidades y personas, el año pasado, cuando secundando iniciativas del Dr. Espinosa, les visitamos pidiendo su concurso á una Asamblea valencianista que quedó en proyecto.

Y si el momento actual no les parece á mis compañeros bastante propicio para un acto político, hagamos una fiesta de poetas en que se invite á catalanes, mallorquines, alguerenses y roselloneses; he oído también hablar de una temporada de teatro catalán; en fin, alguna iniciativa venga de quien venga, pero que sea digna de los regionalistas y sirva para hacer acto de vitalidad y levantar el alma valenciana.

Humildes y oscuros: nuestro deber queda cumplido llamando la atención de los valencianistas y de los catalanes, para que piensen si sería oportuno llevar el espíritu regional á nuestra Exposición, formulando en un Congreso el sentir de cada región. Mis escasas fuerzas no alcanzan sino á lanzar los alfileres *orsianos* de inquietud, para que á otros de mis compañeros más entendidos y prestigiosos del valencianismo les preocupe la cuestión, si la juzgan de interés.

FRANCISCO PALENCIA

## La acción imperialista del bien

La sociedad humana es una institución en proceso de evolución. Con esto, y con decir que esa evolución es positiva, esto es, hacia un tipo más orgánico y perfecto, queda implicado que la sociedad fué en el pasado más cruda é imperfecta

de lo que es hoy y que será en el futuro más refinada y completa de lo que es hoy.

Hay trazas en nuestro carácter social que son manifiesta evidencia de nuestra pasada inferioridad; como pueden hallarse también tentativas audaces en nuestra vida

social que son indicio ó esperanza de nuestra futura superioridad sobre el presente estado.

Una de esas trazas del pasado bien claras en la sociedad europea ó, cuando menos, en la española, es lo que yo llamo «la cobardía de los buenos»,—otro nombre tal vez para el egoísmo de los buenos;—y quiero significar por esta frase la indiferencia y aun desdén de cierta clase de buenos (que forman la mayoría de ellos) por la vida social en general en sus varias manifestaciones, su pasividad ante las luchas sociales y su no-intervención en ellas, su resistencia pasiva ante las fuerzas del mal y su no-lucha por el triunfo de los ideales del bien.

Dos de las causas que pueden haber operado en el pasado de nuestra sociedad en crear la pasividad de los buenos son, tal vez, el misticismo y las guerras medievales. El primero, con sus egoístas ideales de renunciación del mundo, produjo en los buenos una parte bien grande del espíritu de no-intervención en los negocios sociales. Las guerras, creando una inestabilidad y un estado de peligro continuos en la sociedad, indujeron á los enemigos de transgresiones, á los buenos, á permanecer en sus casas y crearon en ellos la propensión, que más tarde se ha convertido en hábito, á abandonar los asuntos públicos sociales á la merced de los aventureros.

Sean ó no verdaderas estas dos causas señaladas y haya ó no otras menos remotas, poco importa al fin. Lo que nos urge reconocer son los resultados, y estos son desgraciadamente innegables. La deplorable condición social de los buenos es la de una intolerable pasividad, la de abandonar la cosa pública (cada día más importante) á los aventureros y á los osados, cualesquiera que sean sus credos ó sus ideales.

Los buenos dejan la sociedad completamente entregada á su buena ó mala estrella. El único derecho que se reservan es el de protestar dolorosamente cuando las transgresiones del mal se salen de madre y se hacen una grande amenaza y un peligro temible. Todos me comprendéis. Mas, al apaciguarse el tumulto, los buenos se sumergen nuevamente en la inacción.

A vosotros, buenos,—los que no os tenéis ni sois tenidos por malos,—á los que os han llamado alguna vez neutros, me dirijo. Quiero señalaros un camino, quiero indicaros una orientación.

Mas antes, para podernos entender mejor, dejad que os diga mi concepción del mal. Entiendo por mal no las manifestaciones en la tierra de un supuesto espíritu maligno ultramontano que se complace en sembrar nuestras vidas de dolores y desventuras, sino las fuerzas de la ignorancia en sus formas comunes, las maquinaciones del error, las transgresiones de la enfermedad, las concupiscencias de la carne, los impulsos realizados de la ira, las crueldades del odio, la sorda energía de los hábitos equivocados, las articulaciones de la blasfemia, y todos aquellos vicios y bajezas del vivir que á la corta ó á la larga agrarian, entristecen y rebajan la vida individual ó social del hombre sin producir en él reacción alguna saludable y permanente, dejándolo sumido en la miseria humana, más y más lejos de la gloria humana.

Debéis convenceros de que el bien de los hombres es una creación de los hombres, y de que el mal de los hombres es debido tanto al descuido y pasividad de

los buenos como al intento y actividad de los malos.

Os quejáis de la maldad del mundo y decís que el mundo está gobernado por malos. ¿Cómo no, si se lo habéis abandonado? ¿Cómo no, si vosotros, los buenos, no intervenís? Vuestras equivocadas teorías del bien os apartan del tumulto de la vida, os alejan de la realidad y de la verdad, recluyéndoos en castillos ideales, abstractos, imaginarios,—que existen sólo en vuestros cerebros,—donde la quietud, el silencio, la esterilidad y la nada reinan.

Vuestra concepción del bien es todavía medioeval, mientras que el mal, más progresivo, se ha modernizado completamente. Modernizaos vosotros también y haced frente al mal en igual terreno. Ser bueno, en lenguaje moderno, significa ser soldado del bien, no mero contemplador de bondad.

Bajaos de vuestros castillos, descended á este mundo de charcos y barros, y, empuñando vuestra lanza, acometed al mal, hacedle frente do quiera se halle.

No quiero decir que no haya buenos que luchen; mas las reservas del bien son inmensamente más numerosas que el ejército en pie, mientras que el mal está todo en armas. La mayoría debe regir la sociedad, y la mayoría son los buenos. Pero una mayoría pasiva, sufrida y defensiva será siempre anulada ante una minoría activa, interventora y agresiva.

La vida es cosa más seria de lo que muchos se creen, al propio tiempo que es más alegre y buena de lo que muchos sospechan, si sabe vivirse con pureza y con lucha. A vosotros, jóvenes,—los de mi edad y los más jóvenes que yo, que no habéis tenido tiempo todavía ni inclinación de ser malos,—os doy este consejo. Inspiraos en altos ideales y maridados pronto con la acción, con la vida. No os acobardéis ni permanezcáis reclusos en un lugar resguardado de peligros y de luchas. Salid á la plaza y mezclaos con la gente. Escuchad sus quejas y apaciguad sus dolores. Que vuestro bien sea un bien concreto, un bien de realidades, un bien que ha mirado en la cara al mal,—no un bien que conoce el mal de oídas solamente,—un bien sentimental, un bien abstracto, un bien fuera de la atmósfera llena de ayes y de risas de nuestra tierra.

Obrad por amor del hombre y obraréis así por amor de Dios. Esta es la única humana manera de obrar por amor de Dios. El bien del prójimo, de un miembro de la sociedad, es nuestro propio bien; pero ahora nuestro bien, el bien de los buenos pasivos, no es el bien del prójimo.

Ayudad, remediad, instituid por amor al hombre y á la sociedad de los hombres, en vuestros negocios ordinarios de la vida y en los extraordinarios. Practicad el bien no por egoísmo literal, no para que os acrediten algo en el haber de vuestra salvación, sino por amor del hombre, que es amor de Dios. En nuestra sociedad la salvación del prójimo es nuestra propia salvación; el operar el bien al prójimo es laborar por su salvación y por la nuestra.

A medida que nuestra sociedad se ha ido organizando, el sano y preservativo egoísmo que el Creador y la Naturaleza pusieron en cada animal, se ha expandido y en parte ha sido transferido, en el hombre, del individuo á la familia, del individuo y la familia á la tribu y ahora del individuo, la familia y la tribu á la sociedad entera. Estamos socializando nuestro egoísmo y nuestra conciencia.

El bien del individuo es el bien de la sociedad. El trabajar por la sociedad es trabajar organizadamente por todas sus partes, para todos sus miembros, incluso uno mismo; es más, es recibir los beneficios del esfuerzo de todos los otros miembros que también laboran por la sociedad. Semejante organización no admite pasivos. El interés del individuo debe ser el interés de la sociedad (el resto de los individuos que entran en el pacto), y el interés de la sociedad debe ser el interés del individuo que pertenece á ella.

Que los buenos, todos los reservistas del bien, tomen armas y empiecen una acción imperialista hacia el triunfo real de la bondad, de la salud, de la pureza, de la verdad, de la belleza, de la luz, del conocimiento, de la ciencia, de la cultura, del reir abierto y puro, de la elegancia del vivir, para instaurar en nuestra sociedad, en la Ciudad de los Hombres, en el Hogar Social, el Imperio del Bien. Usemos para este fin todas las armas lícitas modernas de que podamos servirnos en acción intensa,—la palabra, la pluma, el periódico, el libro, la conferencia, la tribuna, el púlpito, la cátedra, la escuela, la sociedad, el voto, el elogio, la acción social y todas las restantes.—Aliémonos inmediatamente con los que en campos distintos están luchando por ideales sanos y prestemos nuestro empuje y nuestra energía persistente para su triunfo; porque, escuchad: *el bien debe ser oportunista.*

Modernicemos el bien, hagámosle activo, constante y agresivo. Hagámosle constructivo antes que nada. El mal puede dominar al bien pasivo, mas el mal no puede resistir el bien activo. El mal y el bien no son coexistentes. El mal se funde y desaparece ante el bien activo, como las tinieblas se desvanecen ante la luz. Mas cuando la luz abandona el campo, la noche lo invade de nuevo. La luz es la afirmación; la oscuridad la negación. Cuando el bien habla, el mal no tiene palabra; cuando el bien obra el mal no puede operar.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, haced el bien operativo. Levantad bien alta la cabeza y no os avergoncéis nunca, en ningún sitio, de defender el bien ni de llamaros buenos si lo sois de obra, si procuráis serlo, si operáis el bien. Ser bueno significa obrar el bien, luchar por las cosas buenas individualmente y colectivamente; no loar el bien con palabras meramente.

Una intensa acción imperialista del bien en nuestra sociedad catalana y española es urgente,—y depende en gran parte de las voluntades de aquellos buenos de todas capacidades que han permanecido pasivos hasta el presente,—en que se sumen á los buenos luchadores. Cuando menos, vosotros, jóvenes,—hombres y sociedad de mañana,—aprended pronto la audacidad del bien.

Y tú, mal, empieza á temblar.

ELADIO HOMS.

Chicago, 9 enero 1910.

E. Prat de la Riba

**LA NACIONALITAT CATALANA**

EDICIÓN ECONÓMICA 0'50 PESETAS

De venta en esta Administración

# La literatura fácil

Si no se contiene á tiempo, si por desidia, ineptitud ó ignorancia se permite que la producción novelesca española continúe en la forma en que hoy lo hace, ya no podremos mirar con desdén y enojo las famosas literaturas parisinas de lupanar y de decadencia, porque las habremos ultrapasado en mucho.

Es doloroso ver en qué forma la sana y noble novela, que aun ayer tenía gallarda representación, desvía su curso y en vez de seguir por los amplios y rectos cauces de la plenitud vital, sana y bella, húndese en torrenteras abruptas que la llevan al estancamiento pútrido, á la fermentación malsana de todas las miserias.

Hasta hace poco era una cierta modalidad de las letras francesas la que, habiendo acertado con el inagotable filón de la concupiscencia, lo explotaba á su gusto, envenenando el alma de sus lectores. Eran esos libros en que bajo la falsa apariencia de las «nuevas sensaciones», se hundía el espíritu del público, se le encharcaba, se le enfangaba miserablemente. Allí estaban todos aquellos que bajo el pretexto de descubrir los «dessous» de un París de trapicheo—tan falso seguramente como la famosa Andalucía de pandereta—lanzaban al público las mayores obscenidades, escenas de vicio refinado, apoteosis crueles de decadencia, todo por la mísera suma de 3'50 francos. Y esos libros, de cubierta colorida, chillonamente sugestiva, eran el cebo que servía para envenenar á los incautos.

Gran daño hizo esto á la literatura francesa, y hubo un momento en que una novela parisina era artículo sospechoso en cualquier parte del mundo. Fué necesaria una reacción, y la reacción vino, poderosa, fuerte, contra toda esa mentira infame que á trueque de un puñado de monedas envenenaba el mundo y calumniaba á un pueblo.

¿Hay aún quien recuerde la serie famosa de las «Colette», hecha por aquel amoral que se llama Willy, aquel «soi disant» literato, que utilizó todos los medios concebibles para reclamo de sus obras, desde la fotografía hasta el divorcio? Pues como esa serie, otras muchas, después, han circulado, con el sello «achevé d'imprimer á Paris...» como un estigma para la gran capital.

¿Qué se buscaba con esas obras de escándalo y de miseria moral, en las que está diluido el sentimiento más puro del hombre, hasta no poderse encontrar, íntegro, entero, un solo átomo? Se buscaba dinero. Era el medio aconsejado por los impúdicos de la sociedad actual, en un momento en que el norte de la vida lo constituye la satisfacción de todos los apetitos materiales. Y en la ansia loca de la posición y del renombre á cualquier precio, no se titubeó. Y como el aeronauta que en el descenso peligroso echa por la borda hasta sus propios elementos de salvación, los que habíanse embarcado en esa aventura se desprendieron de todo, hasta de lo más íntimo, hasta de la dignidad personal.

Desgraciadamente el éxito acompaña á todas las miserias y á todas las bajezas. Para la degradación siempre hay público, para el vicio siempre hay acompañantes, y en la imbecilidad absurda de nuestro

vivir contemporáneo no faltaron aplausos para esos grotescos que pretendían divertir hurgando en las llagas más hondas, no faltó dinero que recompensase su vivir de corrupción.

Y el mal cundió, y detrás de Francia fué Italia, y ahora es España la que transforma las condiciones de la clásica novela de costumbres, para hacerla característicamente de los vicios y de los males de la sociedad, con una complacencia chocarrera, dolorosa en grado sumo, miserable hasta el extremo.

No es uno ni son varios los libros que salen de las prensas españolas ya contaminados de ese mal: son muchos, son excesivos. Uno solo bastaría para que la crítica saliera de su modorra característica y diera el grito de alarma: tantos como son provocan la ira más justificada é impelen á una reacción que ha de ser violenta y fuerte para que sea eficaz. Hay que poner un dique á esa inundación de malos libros, sean de quien sean, vengan de donde vengan, estén escritos en prosa la más chocarrera ó sean producto del más genial de los artifices de la palabra escrita. Es una obra de sanidad social y no hay más que depurar la atmósfera.

Comenzó Felipe Trigo, el novelista de las ingenuidades pecaminosas, el que se complace en describir escenas lúbricas y en pintar malsanas decadencias morales. El éxito respondió á esos libros de gruesa tapa convenientemente decorada con la efigie de cualquier «cocote» de fama. Y como el público agotaba sus ediciones, como la venta se hacía continua, sin interrupciones, dando pingües y seguras ganancias, otros fueron detrás, en busca de ese éxito material que es, en definitiva, la razón de ser de los que ofician de escritores y viven de su oficio.

Y de entonces acá la librería española ha inundado las plazas de América con los productos averiados de una mala adaptación de vicios ajenos á su modalidad, dando el más triste ejemplo, ofreciendo el más lamentable de los espectáculos.

Porque hay que tener en cuenta que la literatura no puede ser sistemáticamente viciosa. Y aun cuando por ella puedan y deban desfilar los vicios todos de la sociedad, como espejo fiel que es de ésta, no puede en forma alguna detenerse en el goce de las miserias que reproduce.

Puede la literatura describir un vicio; pero, siempre que, en la idea del maestro, inspire horror hacia él. Pero, en esas obras modernas, bien llenas de lo ruin y de lo bajo, no hay tal horror; antes bien, aparece una especie de deliberada y no muy oculta simpatía que es causa de ruina y de miseria en lo moral.

Ni siquiera hay aquella gracia, aquel encanto especial que daban á los asuntos más escabrosos los hombres del Renacimiento, aquéllos que ponían por encima de todo, sin respeto alguno, la alegría de un vivir sin escrúpulos.

Pero lo que en ellos era picaresco en éstos es maldad, desvergüenza, ruindad de espíritu. Los hombres de aquella época eran despreocupados, alegres, en la bonhomía genial de un pleno vivir de todo lo creado después de la sombra densa de la Edad media. Mas no se gozaban en la descripción de los males, no tenían detallismos vergonzosos, no iban hasta el

desmenuzamiento cruel de lo más puro y de lo más alto.

Brantôme, en sus «Damas galantes», era un pícaro con mucho de lo que había aprendido en sus correrías por España, Inglaterra é Italia. Mas, á pesar de todo, no es un devergonzado; su libro, aun en los párrafos más difíciles, aun en las escenas más crudas, es de un buen humor altivo; hace sonreír, como un cuento verde contado con delicadeza serenamente impúdica por un viejo hidalgo galante y decidore.

Hoy, en cambio, esa literatura, frívola al parecer, pesada y temible en su esencia, no provoca más que muecas de disgusto; el dolor de la miseria colectiva sale á la superficie en un esguince, que es toda una sublevación del espíritu, amargado por las indecencias bajas, soeces, que bajo la capa de la literatura envenenan la atmósfera.

Lo más lamentable del caso en esa decadencia del género novelesco en España, es que la comprensión de las ganancias fáciles, del éxito inmediato, lleva á más de cuatro jóvenes audaces á malbaratar su ingenio en las groserías de un género que no es arte ni es bello.

Muchos literatos jóvenes, seducidos por el encanto de la facilidad de lo inmoral, se han dejado arrastrar, y á esto se debe que en la librería española figuren en gran número los tomos donde más ó menos enmascarados se muestran los mismos propósitos, tendiendo á un fin de aplastante y dolorosa materialidad. Ya no es solamente Felipe Trigo el que traslada sendas tarjetas postales á la cubierta de sus libros y que inventa una trama novelesca al solo objeto de hacer destacar algunas situaciones libidinosas. Otros han ido detrás, con la agravante de que, tratándose de una imitación, traían todo el sello de vulgaridad que imprimen las preconcebidas imitaciones malsanas.

No hace mucho, Joaquín Belda publicó una obra que pretendía ser novela, un desatino en trescientas páginas, cuya única gracia consistía en que, desarrollándose en los tiempos de Roma imperial, la mayor parte de sus personajes hablaban el caló de la chulería madrileña. ¿Gran hallazgo, verdad? ¡Pues por esa enorme invención, Belda fué calificado por la complaciente crítica de corrillo como el Mark Twain español!

Se fué más lejos aún; se fué hasta clasificar esa obra entre las buenas novelas del año. Y sólo un crítico, en un periódico de provincia, se atrevió á decir la verdad, diciendo de las inmoralidades contenidas en la obra, inmoralidades que llegaban á asimilarla á cualquiera de esas que se venden «en cachette» para solaz pecaminoso de colegiales pervertidos.

El pobre crítico fué tildado de «provinciano», de moralista ñoño, de pazguato, por el hecho de haber pretendido imponer el respeto de la moral en una obra que se destinaba al gran público.

Esa obra, titulada «La suegra de Tarquino», se vendió rápidamente, y hasta llegó á trascender al extranjero, donde la falta de cuidados permitió que se vendiera á la par de otras de diferente género en lugares frecuentados por personas á quienes su edad y sus escasos conocimientos colocan bajo la tutela de las autoridades, obligadas á velar por la moral.

No hay en mí un moralista asustadizo. En mi vida de lector infatigable he dado con muchas obras de carácter audaz y

atrevido. Muchas de ellas me han indignado; otras simplemente me han inspirado la compasión del esfuerzo estéril. Pocas, empero, me han inspirado tanto disgusto como la novela con que acaba de sorprender nuestra buena fe el joven escritor Alverto Insúa, autor de aquella «Historia de un escéptico», que fué por mi mismo celebrada como una bella realidad. Creía yo entonces, con toda mi buena fe, y lo dije con toda la sinceridad de mi juicio sin trabas, que era Insúa una de las futuras glorias de nuestra novela, pues había en sus trabajos aquel desenfado tan característico en las letras españolas, aquella espontaneidad que distingue á nuestros escritores entre todos.

Lo dije entonces y no rectifico mis términos. Pero ya que se aceptó aquel juicio como expresión sincera de mi modo de pensar, ya que todos, y hasta el mismo autor, aceptaron aquella mi opinión como algo legítimo y propio de mi estado de espíritu en aquel momento, yo apelo á esa misma comprensión que entonces demostraron, para exponer aquí mi juicio sobre «La mujer fácil», última novela del que en el primer arranque ganó con su libro «Don Quijote en los Alpes» la espuela de caballero.

Es «La mujer fácil» una obra para el grueso público de gusto estragado por los parisinismos libidinosos y mantenido en perpetua excitación por la sensualidad novelesca de Trigo. Como «La suegra de Tarquino», de Belda, que mereció el más franco elogio de Insúa en una crónica de «El Liberal» de Madrid, «La mujer fácil» es una obra anecdótica, de cuentos sueltos y vulgaridades deshilvanadas, sin más propósito que el de permitir, en la simulación de un enredo novelesco, media docena de situaciones indignas de ser firmadas por el que escribió las delicadezas de obras anteriores.

No hay en la obra plan, ni método, ni observación. No hay un solo tipo definido, acabado, perfecto. El protagonista pasa como un símbolo de las exaltaciones más degradantes; pero no es un hombre, no es una figura como la de Bermúdez de la «Historia de un escéptico», que vive y perdura en la memoria del lector. Polito, el pintor andaluz, carece también de re-

lieve. Y lo mismo las mujeres, Charito, Magda, Octavia, Aurora, Paquita, todas las degradadas, corrompidas, de ese nuevo Madrid de miseria y de vicio, que van creando los novelistas absurdos é ilógicos de este momento de desorientación.

Yo no creo que sea ése Madrid, yo no creo que esos hombres y esas mujeres que en ayuntamientos perpetuos pasan por las páginas de las nuevas novelas madrileñas, sean los hijos de aquellos que eran en Palacio Valdés seres de razón, de honor y de justicia.

Sobre todo, no es posible que esas aberraciones sexuales de que se nos habla con tanta frecuencia, sólo para excitar la curiosidad de los indignos, sean la vida natural de un pueblo como el español cuyo fondo de ciencia religiosa es la mejor garantía contra esas tropelías de un mal entendido progreso moral.

Lamento el error de Insúa, y lo lamento de verdad porque hay en él condiciones bastantes para ser el continuador de la buena novela, esa nuestra, que es naturalista sin ser viciosa, picaresca sin ser chocarrera, y que tiene, por encima de todo, la gran cualidad de ser un fiel reflejo de las virtudes de nuestra gente.

Alberto Insúa había comenzado triunfando. Sus libros ahí están, resistiendo todo ataque de la crítica. Pero este último, esta «Mujer fácil», es un peligro para su reputación, para su mismo renombre futuro.

Y yo sólo puedo desearle que su nueva novela anunciada, «La camarera del bar inglés», cuyo título es ya toda una promesa para los lectores de cosas prohibidas, por un accidente cualquiera ó por una comprensión exacta de la realidad, no se llegue á escribir nunca.

Tratárase de otro y ni merecería que del asunto se ocupase nadie; pero se trata de un autor conocido, impuesto á la aceptación general y hay que exponer la verdad, sinceramente, lealmente. Así defendemos la misma dignidad de la crítica, serena y noble siempre.

Hay que combatir esa literatura, la fácil literatura de las pornografías disfrazadas, que degradan el arte y rebajan el nivel moral de los pueblos.

JUAN MAS Y PÍ.

Buenos Aires, 1910.

la moderna, estando, en el fondo, igual que en tiempos de Mon. Desde entonces acá, nadie ha penetrado en la entraña de la administración y se puede decir que en España paga el que quiere y porque quiere.

Vuestro afectísimo y buen amigo, EMILIO RIU.

## LOS LIBROS

**Un libro sobre Barcelona** Editado en París por Alcan y formando parte de la Biblioteca de Historia Contemporánea, acaba de aparecer un libro, para nosotros del mayor interés: *Napoleón et la Catalogne, 1808-1814*. El volumen publicado que, seguramente, no es más que una parte de la obra total, lleva este segundo título: *La captivité de Barcelone (Febrer 1808-Janvier 1810)*. Su autor es M. Pierre Conard, doctor en letras, antiguo discípulo de la Normal de Francia, investigador diligente y escrupuloso, de quien esta vez puede decirse con absoluta verdad que «ha llenado un vacío» en la historia catalana.

En materias históricas obsérvase que la preferencia de los eruditos y estudiosos suele estar en razón inversa de la proximidad de los tiempos. Así, á duras penas podrá encontrarse un período más olvidado ó desconocido que la segunda mitad del siglo XVIII y todo el XIX en Cataluña, con todo y ser la materia interesantísima de por sí y brindarnos tantas repeticiones de las mismas fiebres, tantos ejemplos de la esterilidad revolucionaria, tantas reincidencias de los de arriba y de los de abajo en el mismo círculo vicioso de convulsiones sin fruto y de resistencias igualmente obstinadas que dejaron al país en el mismo punto de partida, con el solo resultado de la parálisis y de la pérdida de muchas vidas y muchos millones.

M. Conard ha escogido para su estudio los siete años de dominación francesa en Barcelona. El historiógrafo francés no ha descuidado ninguna de las fuentes literarias de este asunto, así españolas como francesas, desde las memorias de Gouvion-Saint-Cyr y Miot de Melito hasta la *Barcelona cautiva*, del P. Ferrer, que, por lo que se refiere á España, es el manantial en que se han abastecido todos los historiadores. Pero además de esto, Conard ha aprovechado, casi por primera vez y con toda extensión, las fuentes documentales de los archivos franceses de Estado y Guerra, los informes reservados, la correspondencia con los generales y mariscales del Imperio, los expedientes de la policía, toda la documentación de las autoridades y organismos franceses que, con la retirada del ejército de Bonaparte fué á parar á París.

De esta manera le es posible precisar cómo fué el gobierno de Barcelona encargado á Duhesme y al depravado Lechi, en este primer período; cuáles los propósitos de Napoleón y su responsabilidad en las extorsiones y ruina del comercio y la industria de Cataluña; de qué suerte las relaciones con las autoridades procedentes del reinado de Carlos IV y cómo estuvo la ciudad á merced de una gavilla de intrigantes y advenedizos, franceses fugados de su país por fechorías ó afrancesados catalanes de la peor especie, por ambición y codicia, desde el fiscal Medinabeytia, y el anciano y débil Ferrater, al Comisario general de Policía Casanova y sus seides Leopoldo Pí, el sastre Las Casas, Blasco, etc., etc.

Después de leer este libro, que hace desear vivamente la continuación así por lo depurado del relato como por la extrema discreción é imparcialidad de los juicios, al lector más optimista le parece imposible que Cataluña haya tenido vitalidad bastante para levantarse, una y otra vez, de tantas caídas é infortunios.—M. S. OLIVER.

**El caballero encantado** En uno de sus vastos estudios de la *España contemporánea*, dedicado á Galdós, se contrastaba Rubén Darío ante la fecundidad

# La Semana

## INFORMACIÓN

### El subsecretario de Hacienda

A nuestra sincera felicitación por su justo encumbramiento, ha contestado amablemente el nuevo subsecretario de Hacienda, señor Ríu, añadiendo algunas consideraciones dignas de quedar impresas en este periódico.

«Madrid 18 febrero 1910.

Sr. D. Juan Torrendell.—Barcelona.

Mi querido amigo: Recibí su cariñosa felicitación que le agradezco muy sinceramente por conocer sus ideas de V. y porque sé que está inspirada en una buena amistad y en el deseo de que desde el modesto puesto que el jefe de mi partido me ha otorgado, pueda contribuir á la mejora de la Hacienda pública española, que bien lo necesita, pues su situación no es tan próspera como aparentemente

parece para todos los que la examinan desde puertas afuera.

Cuanto más se progresa en la técnica tributaria, cuanto más perfecta sea la organización de los centros llamados á examinar la marcha y el desarrollo de los valores y la liquidación y recaudación de los mismos, menores serán las cuotas que los contribuyentes tendrán que pagar.

Hoy nuestro sistema de impuestos adolece de una falta de elasticidad tan enorme, que en cuanto se echa encima de él una carga, por leve que sea (como por ejemplo la de la campaña de Melilla), ya se desnivela el presupuesto y se necesita hacer un gran esfuerzo para volverle á encarrilar. Tenemos las apariencias de una administración financiera y ninguna de sus realidades, y es necesario echar abajo, sustituyéndole racional y científicamente, todo el vetusto y detestable organismo de nuestra administración de Hacienda, el cual, en apariencia, es el de una nación á